

GODELIER, Maurice

1986 *La producción de Grandes Hombres. Poder y dominación entre los Baruya de Nueva Guinea.*

Madrid. Akal. 288 pp.

Nos encontramos ante una obra compleja; compleja y asequible al mismo tiempo. Este libro trata acerca de los Baruya, tribu habitante del interior de las montañas de Nueva Guinea, isla ubicada al norté de Australia.

222

El autor, Maurice Godelier, articula su narración tomando como punto de referencia el poder que un sexo ejerce sobre el otro, el poder de los hombres sobre las mujeres. El fin primordial del libro es reflexionar sobre la relación entre los sexos al analizar todos los aspectos de la sociedad Baruya desde el punto de vista de la relación social, estudiándola en profundidad. Desde esta perspectiva, Godelier comienza a describir minuciosamente todos los componentes de este discurso, al tiempo que demuestra que también hay entre los Baruya unas determinadas posiciones de poder que componen una jerarquía social distinta al dominio general de los hombres sobre las mujeres y que asienta sus bases sobre la dominación, engrandeciéndola: es la de los Grandes Hombres, hombres que por sus hazañas están considerados por encima de los demás.

El libro discurre así en esa dirección: las desigualdades entre los hombres y las mujeres, y las de los hombres entre sí.

Para los Baruya, todos los aspectos de la dominación masculina tanto económicos, políticos o simbólicos, vienen explicados y justificados por la sexualidad y el diferente papel que cada sexo tiene asignado en el proceso de reproducción de la vida. Utilizando pues las categorías de nuestra cultura podemos hablar de subordinación material, política y simbólica de las mujeres respecto de los hombres.

¿Cómo se genera esta dominación masculina? Las mujeres se ven subordinadas a los hombres por diversos mecanismos: no pueden ser propietarias de la tierra, pero sí usarla; no pueden ni poseer ni usar los útiles más eficaces para roturar el bosque; no pueden poseer ni usar armas o cualquier útil de destrucción, por lo que no tienen acceso ni a la caza, ni a la guerra, ni a la violencia armada; están excluidas del proceso de fabricación de sal y de la organización de los intercambios comerciales con tribus extranjeras; no pueden poseer ni usar objetos labrados, medios materiales sobrenaturales con los que los hombres controlan la reproducción de la fuerza y la vida social; ocupan un lugar subordinado respecto a los hombres en la producción de las relaciones de parentesco, ya que son ellos los que las intercambian entre sí y entre los grupos a los que representan. Estas relaciones de parentesco funcionan a la vez como relaciones de producción, ya que es mediante ellas como un grupo toma posesión de los recursos naturales, como organiza sus intervenciones materiales sobre la naturaleza y los procesos de trabajo y redistribución de los productos de este trabajo. Además, las mujeres se ven inmersas en una subordinación general en el ámbito de estas relaciones de una doble forma: al negarse y ridiculizarse los poderes femeninos en el proceso de reproducción de la vida y, al sobrevalorar y aumentar el papel de los hombres en este proceso.

La segregación entre los sexos comienza desde la infancia, cuando los niños, al cumplir seis o siete años, son apartados de su madre y sus hermanas y llevados a vivir con los hombres. Las niñas, sin embargo, nunca experimentarán este brusco cambio. En los hombres este proceso irá culminando paulatinamente, al irse produciendo los diversos estados de las iniciaciones, que abarcan casi diez años y, que en última instancia, se corona normalmente con el nacimiento del cuarto hijo. Es en ese momento cuando el hombre será considerado verdaderamente un adulto.

En el caso de las mujeres, bastan quince días de ceremonias para convertir a una adolescente en una muchacha lista para casarse. El destino de una mujer es el dejar una familia para fundar otra.

Esta subordinación de la que estamos hablando no significa, por otro lado, que las mujeres carezcan de derechos. Poseen algunos que los hombres deben reconocerles, por lo que buena parte de las ceremonias de iniciación de los jóvenes, está dedicada a la enseñanza de los derechos de las mujeres y a los deberes de los hombres hacia ellas. Es así como las iniciaciones constituyen un orden social superior al de las relaciones de parentesco: el de la solidaridad masculina y de la unidad política e ideológica de toda la tribu.

La violencia física y psicológica también forma parte de este mecanismo de dominio hombre-mujer. Sugiere el autor que «una permanente subordinación también implica la existencia de un determinado consentimiento de su dominación por parte de los dominados y la existencia de dispositivos sociales y psicológicos para crear este consentimiento» (p.45). Esto no implica por otra parte, que existan diversas formas de resistencia y oposición de las mujeres al orden dominante, aunque éstas nunca atacan directamente el principio sobre el que se basa la dominación.

Cuando el autor analiza el campo simbólico, destaca el papel ambivalente que le es otorgado a la mujer. La serie de mitos que componen el universo cósmico de los Baruya otorga a las mujeres la creatividad primordial, irremplazable en un dominio, además, que es el propio símbolo de los hombres: el de la caza. Pero esta creatividad no es ordenada, por lo que se convierte en desmesurada y peligrosa, con lo cual los hombres se ven obligados a intervenir para poner orden. La violencia de esta intervención queda justificada porque ellos, los hombres, son el único medio de establecer el orden en la sociedad y el universo.

Al hacer mención a los Grandes Hombres, hay que decir que el mundo femenino es mucho más homogéneo en contraste con el masculino, en el que las diferencias individuales son, a veces, buscadas y producidas.

¿Quiénes son estos Grandes Hombres? Son individuos que por sus cualidades intrínsecas o extrínsecas, han alcanzado un estatuto determinado: el de Gran guerrero, el de chamán, el de cazador de casuarios o fabricante de sal. Entre los Baruya, todas las actividades de interés común están controladas por una minoría de individuos importantes, pero estos hombres no las controlan —y esto es importante—, porque contribuyan más que los demás a su financiación material. Así que los intereses supralocales de los Baruya quedan satisfechos por la existencia de una solidaridad tribal entre todos los linajes y todas las aldeas, la cual descansa en los mecanismos de las instituciones y de la producción de los Grandes Hombres, que están al servicio de la tribu. De esta manera, la promoción de Grandes Hombres tiene como objetivo una función social determinada, según la especialidad de cada uno, que puede ser heredada o adquirida.

La dominación masculina no tiene una causa única, sino una serie de causas no intencionadas que se ordenan en una especie de jerarquía. El que sean no intencionadas no quiere decir que los hombres situados por ese motivo en una situación social privilegiada, no hayan actuado intencionada y colectivamente para producir y ampliar sus ventajas.

¿Cuál es el componente ideológico que sostiene esta desigualdad? En el caso de los Baruya está en la negación de la importancia de las mujeres en el proceso de reproducción de la vida, y en la forzosa separación de los hijos de su madre. Los poderes procreadores de la mujer son expropiados, a nivel imaginario, a las mujeres y transferidos a los hombres.

Es muy interesante para el campo de la Antropología este trabajo de Godelier, ya que las múltiples reflexiones que le suscita el intento de comprensión de la sociedad baruya, son extensibles a un nivel más amplio a muchas más culturas, incluida la nuestra propia.

Es loable el esfuerzo realizado para reconstruir el funcionamiento de la sociedad de los Baruya en «estado virgen» y antes de la llegada al poder del hombre blanco en el año 1960, aunque la subordinación material a este mundo, precedió a su subordinación política e ideológica (desde la década de los años cuarenta, utilizaban hachas de acero y machetes que intercambiaban por su sal con una tribu. Abandonaron así sus tradicionales útiles de piedra).

Conseguido el primer objetivo, Godelier, refiriéndose a los quince años de poder colonial, analiza el impacto de la cultura occidental en esta tribu, siendo espectador del proceso de desintegración, disgregación y transformación de las formas tradicionales de organización económica, política y social de los Baruya. Las transformaciones que tienen lugar son calificadas por el autor como irreversibles y, aceleradas aún más a partir de la independencia del país en 1975.

Es destacable el marco en que Godelier inscribe el análisis de este pueblo, que creo poder calificar de importante paso adelante en el conjunto de su extensa obra. El análisis de la relación social hombre-mujer en todos los contextos de su existencia, reconstruyendo los mecanismos y la lógica interna de las prácticas sociales y de las ideas que articulan el conjunto de estas relaciones, es tanto más rico y complejo, en cuanto que el período histórico en el que se enmarca este análisis es mudable, con tres períodos determinados (antes de la llegada del hombre blanco, durante la colonización y la independencia), lo que hace la reflexión más compleja, al tener que conjugar e interrelacionar muchos factores, labor de la que Godelier sale airoso.

La tradicional división del trabajo tomada como punto de partida en numerosos análisis de diversas sociedades, se convierte en la obra de Godelier en punto de llegada, en una resultante de las relaciones con las condiciones de producción.

La dificultad de teorizar acerca de las causas y mecanismos que generan la distinción en el contenido de las relaciones sociales entre los elementos intencionales y los no intencionales, es reconocida sin amagos por el autor, que percibe el pensamiento no sólo como representante de la sociedad, sino como productor de ella. Aquí es donde Godelier ve más ampliamente las dificultades del análisis científico de la parte ideal de lo real.

Este discurso acerca del poder masculino nos conduce sutilmente al campo de la sexualidad, sexualidad subordinada a las condiciones de reproducción de las relaciones sociales, que no le pertenecen, y que debe sostener mediante un discurso que no proviene de ella en lo esencial y, que

va mucho más allá, al justificar el orden social al que se debe someter.

La autoobjeción final que se hace Godelier acerca del tabú del incesto, abre una nueva vía de análisis y reflexión, por cuanto que lo plantea más allá del nivel puramente individual para hablar de él como «ruptura que favorece su ser social, aunque sea colocándolo bajo el yugo de las formas de opresión y de la alienación que contiene su sociedad».

Creo necesario citar textualmente un párrafo -con el que el autor finaliza el libro- para concluir esta reseña y que considero muy significativo, por cuanto refleja la motivación profunda de M. Godelier que le induce a reflexionar desde otras perspectivas a las ya conocidas, enriqueciendo así sus aportaciones al vasto campo del que se ocupa una ciencia como la Antropología. Estoy convencida de que no necesita comentario alguno: «(...) analizar la dominación de los hombres sobre las mujeres entre los Baruya y reflexionar sobre un gran número de sociedades sin clases me llevan a creer cada día más que las relaciones entre los sexos no están en el origen de las relaciones entre las castas y entre las clases, y que no se puede esperar sólo de la lucha de clases el final de la dominación masculina. No puede, por tanto, separarse las luchas de las mujeres contra las formas de opresión masculina de las luchas contra todas las opresiones que comprenden la distinción en clases, castas, o razas superiores e inferiores.» (p.277)

Antes de concluir, quisiera decir que los caminos por los que Godelier ha llevado a cabo esta reflexión para lograr la correcta comprensión de la sociedad baruya, deben ser tenidos en cuenta por cualquier antropólogo que intente acometer una labor de este tipo y busque más allá de los que se percibe a simple vista en cualquier sociedad que decida estudiar, o sea, la lógica interna que lleva al conjunto de hombres y mujeres a comportarse de la forma en que lo hacen y, a regirse por un código concreto de normas. Es imprescindible crear nuevas metas cuando se van consiguiendo las ya previstas. Es muy necesario el esfuerzo que conduzca a los antropólogos a formular los problemas y hacer las preguntas mejor, dando de esta manera el verdadero sentido a los estudios empíricos. Creo que esto es en esencia lo que nos transmite esta obra de Godelier.

Carmina Morant  
Universitat de Barcelona.